

# El primer Galeano: promesa y verdad

## Entre Methol Ferré y Abelardo Ramos

Fragmento de *Cartas antiimperialistas. La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos (1950-1960)*, de Martín Ribadero.

[...] Methol Ferré además le proponía [a Jorge Abelardo Ramos] entablar otros contactos con intelectuales, políticos y agentes culturales del Uruguay. Uno de los más significativos fue el que Ramos finalmente estableció con el grupo que dirigía el diputado socialista y director del periódico El Sol, Vivian Trías. La aceptación por parte de Ramos de ese vínculo se tradujo, entre otras situaciones, en el viaje de un miembro no identificado de la tendencia liderada por Trías a Buenos Aires, al que Methol Ferré le instaba a “tratarlo bien” ya que “mis relaciones con ellos dependen mucho de esto. Te he defendido siempre frente a esos grupos y tus orientaciones, lento pero firmemente se abren paso.



Algo similar sucedió años después, con otro militante socialista integrante del grupo de Trías, Eduardo Galeano. Methol Ferré decía al respecto:

[...] va para Buenos Aires un muchacho “Huges” que firma [Eduardo] Galeano [sic] en [el semanario] *Marcha*. Es muy joven y muy inteligente según referencias. Va a tentar suerte en la urbe bonaerense y está en la revista *Che*. Pero –siempre por referencias– anda muy embelesado con la corriente “coyoacanesca” y sería muy bueno que lo conocieras. [Vivian] Trías tiene muy buen concepto del muchacho, es socialista en evolución rápida.

Como puede advertirse, esta función de nexo de Methol Ferré entre diversas personalidades y grupos de la vida cultural y política de la región, tuvo un capítulo destacado en las relaciones que Ramos supo cultivar con diversas personalidades.

[https://www.academia.edu/19692407/Cartas\\_antiimperialistas. La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos 1950-1960](https://www.academia.edu/19692407/Cartas_antiimperialistas._La_correspondencia_latinoamericana_de_Jorge_Abelardo_Ramos_1950-1960)



## Desconfío de la política de la cultura

Para ser sincero, debo empezar por advertir que hay problemas profesionales del escritor que nunca me preocuparon ni me preocupan. Quizá porque soy periodista profesional y aprendiz de escritor solo a ratos; quizá porque me falta vocación, capacidad y paciencia para irla de literato; quizá porque, al fin y al cabo, no me reconozco en esos intelectuales de sangre coagulada que se consideran a sí mismos la sal de la tierra y desconfío de las políticas de la cultura –crítica va y mesa redonda viene– que transforma a los creadores en opinadores.

Desde el punto de vista de la creación literaria en sí, no creo en los problemas de tiempo ni en las dificultades materiales. ¿Se imaginan a Shakespeare tramitando una pensión para poder dedicarse al arte? Creo incluso, que las condiciones de penuria material, lejos de frustrar la creación literaria auténtica, pueden proporcionarle un calor de protesta que ciertamente ha de faltar en los sonetos que redactan los rentistas.

En cambio, el problema se plantea, y en términos graves, en lo que tiene que ver con la repercusión de lo que se escribe. Excluyo a los industriales del prestigio, que solo escriben a la búsqueda de la fama, y me animo a asegurar que toda obra literaria auténtica es el fruto de una tentativa de comunicación, a veces desgarrada, de uno con los demás. ¿Y quienes integran el público del escritor, al menos aquí en Uruguay? Un reducido número de convencidos, que además de leer libros nacionales, y de escribirlos, van al teatro independiente y lo hacen, son socios de los cineclubs, clientes de ciertos cafés estratégicos, probables asistentes a las sesiones de misa negra, de tango moderno o jazz, o posibles gustadores de la música concreta, de la pintura abstracta y las uvitas del Fun Fun.

Por eso cada vez que tuve la sensación de que podría romper el cerco y rozar un tipo de público cualquiera, me sentí mil veces más contento y en armonía con mi vocación, que cuando recibí alguna crítica generosa de consagrados próceres. Recuerdo, por ejemplo, que una noche, el maestro de pala encargado del horno de pizza sacó debajo de su delantal mugriento un ejemplar de mi novela y me pidió que se la dedicara y hasta me hizo algún comentario y todo; yo, que nunca había sospechado que aquel hombre que había visto un par de veces, supiera leer, no supe qué escribirle en el libro. Me puse colorado como un bobo.

Quiero decir que las condiciones ideales para el trabajo del escritor serían las que permitan una difusión más amplia de la obra, lanzada a atravesar la ciudadela de la cultura, o presunta cultura, y proyectada realmente sobre la sociedad. Esto depende no solo de los elogiabiles esfuerzos que se han hecho ya y se deben seguir haciendo en materia de ediciones, sino también de la actitud del propio escritor, y, sobre todo, de las condiciones

sociales generales que, en América Latina, como se sabe de memoria, son catastróficas.

En este sentido, digo, mi esperanza de que la cosa mejore no depende solo de los escritores, pero, también depende de ellos; de nosotros, si se me permite involucrarme en el gremio. Y conste que no aspiro al éxito fulminante de otro escritor de mi edad, el prestigioso bardo tucumano Palito Ortega, cuyo primer libro –*Simplemente extraño*– ha hecho furor en ambas márgenes del Plata.

